

CINCO MINUTOS MÁS

Lorena Toro Romero



Capítulo 1

—El asesino tiene que estar entre nosotros, ¿No crees?

—Perdona... ¿Qué decías? Estaba distraída, lo siento. —La sonrisa que le dediqué a mi prometido, era la más forzada que jamás hubiera mostrado, y él lo supo. Me abrazó, acariciando mi espalda con lentitud. Era cálida, me sentía protegida entre sus brazos, sabía que nada podía pasarme entre ellos, pero... ¿Y si a él le pasaba algo?

Mi mirada se desvió hacia la sala en la que nos encontrábamos, era horrible la escena. Las paredes de color crema estaban salpicadas con la sangre que había salido disparada de la cabeza de una de las diez personas que se encontraban allí encerrados.

De pequeña me gustaba jugar a detectives, siempre había sido muy observadora, y para qué negarlo, siempre había querido verme envuelta en una situación donde tuviese que averiguar quien era el culpable. Pero aquello no era el Cluedo, ni Detective Conan, ni ninguna otra serie policiaca que se hubiese visto desde tener uso de razón, aquello era real y estaba realmente asustada. ¿Y si era la siguiente? ¿Cómo saberlo? No podía ni pensar con tranquilidad, pero tenía que hacerlo, o morirían todos a aquel paso.

Primero, tenía que pensar en cómo habían llegado allí y... Espera, ¿Cómo habían llegado allí? Haciendo memoria, lo último que recordaba era estar tomando una copa de vino con George en el bar del hotel en el que nos estábamos hospedando y... A partir de ahí estaba todo en negro. Lo más seguro es que nos hubieran echado algo en la bebida, pero no tenía ni idea de cuando nos habían cogido como rehenes.

Lo segundo, ¿Cuál era el segundo paso a tener en cuenta? ¡Ah, sí! Los demás rehenes, en total eran diez personas. Si los observaba de izquierda a derecha, encontraba lo siguiente: Hitomi Sawazaki, una japonesa de 19 años que estaba de intercambio en Escocia, su inglés era excelente, y hasta sabía defenderse con el galés, era la típica chica de sobresaliente. Sara Johnson, estadounidense de 47 años, era periodista y estaba recopilando información para un reportaje sobre el clima en Escocia. Steven García, era inglés y tenía 36 años, sus padres se habían mudado al norte de Escocia hacía tres años y él había venido de visita con su mujer y su pequeño de dos años. Marvin y Jessica Sanders, una pareja de jubilados que querían celebrar sus bodas de oro en un tranquilo lugar como aquel. Patric Williams, un empresario de 43 años que se encontraba en la ciudad por negocios. Matthew Becher y Emily Lowell, de 23 y 22 años respectivamente, ambos residentes nativos de allí, eran novios o al menos muy amigos según mi punto de vista. Por último estábamos George y yo, que estábamos allí visitando a mis abuelos y también íbamos

a elegir las flores para la boda junto a ellos, pues ellos habían insistido en hacernos ese regalo, aunque yo pensaba pagárselas.

Pensando fríamente en aquello... No todos estábamos hospedados en aquel hotel, puesto que algunos tenían donde quedarse a dormir. Nosotros también podríamos habernos quedado en casa de mis abuelos pero al final con tal de no molestarles más de la cuenta, acabamos quedándonos allí. Era todo demasiado extraño, ¿Por qué tomar como rehén a alguien que ni si quiera era cliente de aquel lugar? Si hubiéramos sido escogidos al azar, lo más sencillo era coger a personas que estuviesen allí cerca para no llamar tanto la atención, pero algunos ya habían explicado que se encontraban en la otra parte de la ciudad cuando perdieron el conocimiento. Todos nos habíamos despertado prácticamente a la vez, y eso era lo más extraño de todo, porque... No había podido hacer todo esto una persona sola. Si nos hubiesen drogado uno por uno, cuando el último fuese sido traído a este lugar, el primero de todos ya se habría despertado.

Poco a poco iba formándome una idea, pero quedaban muchos cabos sueltos aún. El cómo, el por qué, el dónde, el cuándo. Todo era demasiado inconcreto y el tiempo corría en nuestra contra.

Di unos lentos e indecisos pasos hacia el cuerpo que yacía en el suelo, con el cuello rajado. Era Sara, la estadounidense. Hacía unos diez minutos se había apagado la luz y al volver a encenderse Sara había aparecido sin vida frente a todos. Era evidente que el culpable se hallaba entre ellos, el problema es que la sangrienta acción de degollarla había hecho que salpicase la sangre hacia varios de los presentes, los que más cerca de ella se encontraban. Qué fastidio, así era difícil descubrir quien había sido.

El segundo cuerpo, el de Marvin, uno de los jubilados, yacía no muy lejos de donde se encontraba. Su mujer, Jessica, lloraba desconsoladamente sobre su cuerpo, al cual no dejaba que nadie se acercase. Había sido golpeado con un jarrón en la cabeza con tanta fuerza que hasta algunos trozos se le habían clavado en la zona. Desde luego quien fuese el asesino, era un auténtico psicópata.

De momento había averiguado lo básico de cada persona: procedencia, edad, profesión, motivo por el que estaban en escocia. Aunque de todas maneras no sabía quien mentía y quien decía la verdad, y no sabía como podía descubrirlo, todo era demasiado confuso. Si mal no tenía calculado, pronto volverían a apagarse las luces y una tercera persona moriría, ¡Tenía que evitarlo! La cara de desesperación que le lancé a mi prometido fue suficiente para que éste se acercase a mí de nuevo, y me abrazase, como queriendo calmarme. Entonces las luces volvieron a apagarse. La adrenalina subió por todo mi cuerpo, el corazón me iba a mil por hora,

tenía que hacer algo. Me separé rápidamente de George.

—Por favor, que nadie se mueva. Intentad mantener la calma y juntaros por parejas.

Mi intención había sido buena, pero no suficiente, pues se escuchó un grito ahogado. Esa voz... Esa voz era... ¡George! Me giré rápidamente en cuanto las luces se encendieron. Mi prometido se encontraba en el suelo, apretándose con una mano el brazo del cual le salía sangre. Corrí hacia él, para comprobar que estaba bien, solo era un corte pero parecía profundo. Cerca de él, se encontraba el cuerpo de Emily, una de las jóvenes que había en la sala, había sido apuñalada por debajo del pecho, seguramente había sido en el corazón o al menos había tocado algún órgano vital. Su novio Matthew gritaba y lloraba como lo hacía la anciana Jessica. ¿Cómo era posible que esto estuviera pasando? Mi cabeza daba vueltas y me sentía mareada.

Habían pasado aproximadamente dos minutos, y no conseguía encontrar una razón para todo aquello, quería, pero no la encontraba. Hitomi, en un intento por calmarse, se había acercado a mí, preguntándome como me encontraba. Aquella pregunta me descolocó, pues si bien era cierto que mi George había salido herido, era una herida superficial y ya estaba vendado.

—Estoy bien... ¿Por qué lo preguntas? —La incertidumbre se hizo presente en mi rostro, juntándose seguramente con la palidez del mismo.

—No... Bueno, lo digo porque esta mañana vine al hotel para preguntar por una dirección y vi como tu marido te llevaba hacia los dormitorios, parecías mareada y pensé que te sentirías mal o algo. —La bondad de aquella chica, por preocuparse por una desconocida era admirable y envidiable, desde luego. Así que procuré sonreírle.

—Oh, todavía no estamos casados. Pero espero que lo estemos pronto. Aun así, no recuerdo mucho eso... Supongo que fue cuando la droga...

—Corté la frase, parándome a pensar un momento.

Él, George, me había dicho que no recordaba nada desde que tomamos algo en el bar, pero... Él había sido quien se había encargado de llevarme al dormitorio después de la copa. ¿Me había mentido? No, seguramente también estaba sintiendo los efectos y por eso mismo no lo recordaba.

Pero imágenes reveladoras comenzaron a golpear mi mente una tras otra. Había sido él el que había insistido de quedarse en aquel hotel en vez de en casa de mis abuelos. Había sido él el que había insistido en tomar una copa a aquella hora. Él había despertado el primero de todos. Emily estaba a su lado cuando murió. Y fue atacada por la espalda, por el lado izquierdo... Y George tenía la herida en el brazo derecho... ¡Pero estaba

herido! ¿Y si se lo había hecho él? No era posible, no lo era, no podía serlo.

Cerré los ojos para calmarme y estuve así hasta que nuevamente se apagaron las luces. Cuando abrí los ojos, me había acostumbrado a la oscuridad lo suficiente para poder ver las siluetas de los presentes y... George era el único que se estaba moviendo, lo reconocía, sí, era él, y venía hacia mí.

—¡George, no! —Fue lo último que alcancé a decir, antes de que mi voz se apagara.